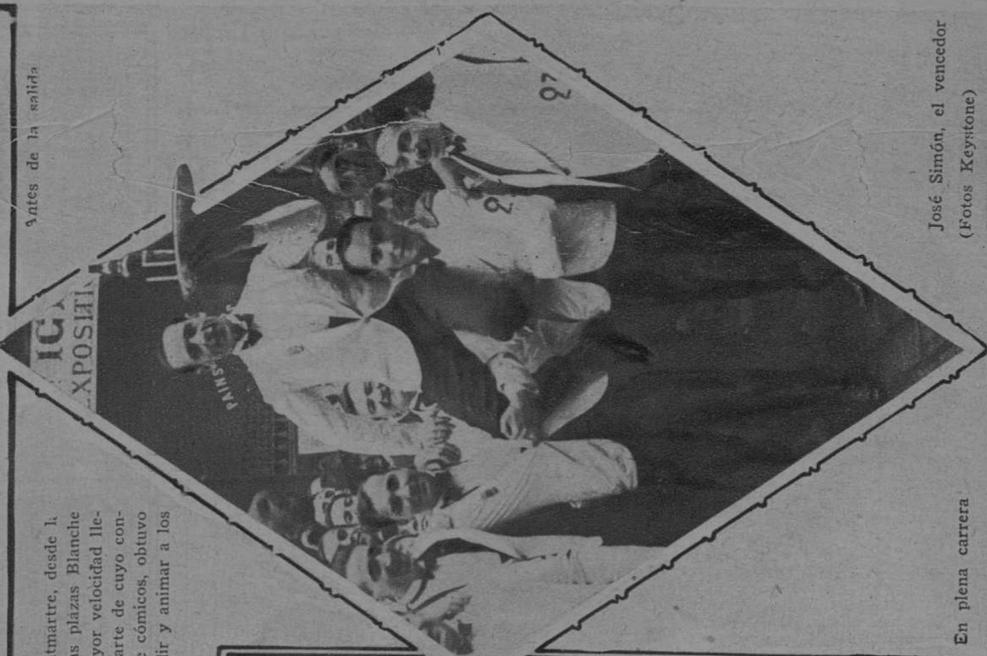


Una
carrera
de
camareros
de
café

Una divertida carrera de camareros de café, se ha celebrado en Montmartre, desde la Plaza Cléchy hasta el chaflán Barbés-Rochechouart, con etapas en las plazas Blanche Pigalle. Se trataba, por los camareros, de cubrir el recorrido a la mayor velocidad llevando la característica fuente de metal con tres vasos y una botella, parte de cuyo contenido debían escanciar en cada etapa. La prueba, pródiga en incidente cómicos, obtuvo un gran éxito de público, siendo a millares los que acudieron a aplaudir y animar a los divertidos deportistas de la bebida

Antes de la salida



José Simón, el vencedor
(Fotos Keystone)

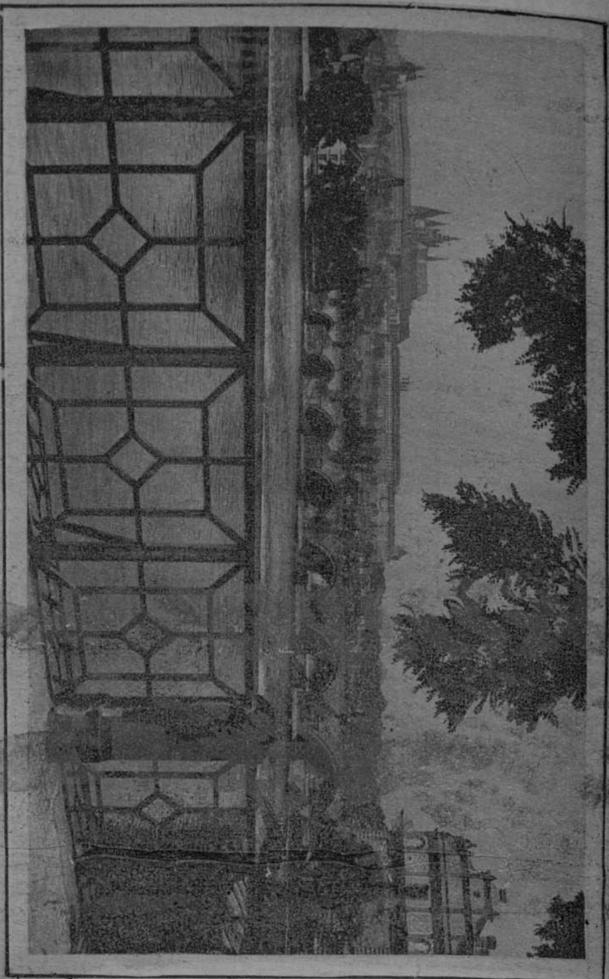


En plena carrera



EL OTONO, EN EL BOSQUE DE WALDWEG (ALEMANIA)

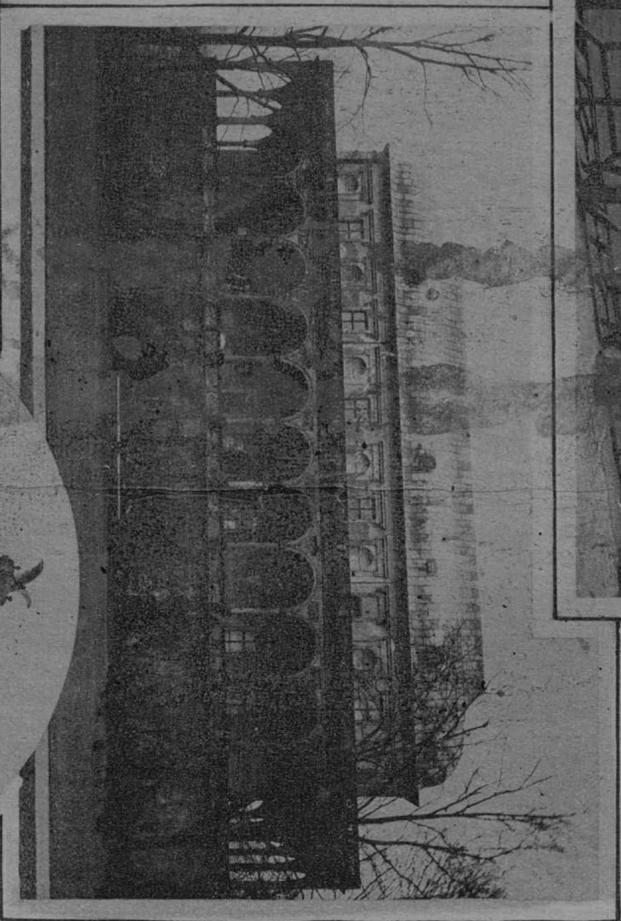
(Foto Scherl)



Vista general de Praga

Praga

Praga, la ciudad encantadora, atesora bellezas incomparables que ofrece, pródiga, al visitante. Ciudad de luz y bellas perspectivas, por su urbanismo modelo y por los tesoros artísticos e históricos que contiene, atrae al turismo con inenovable sugestión, la de sus maravillas y de su acogedor ambiente



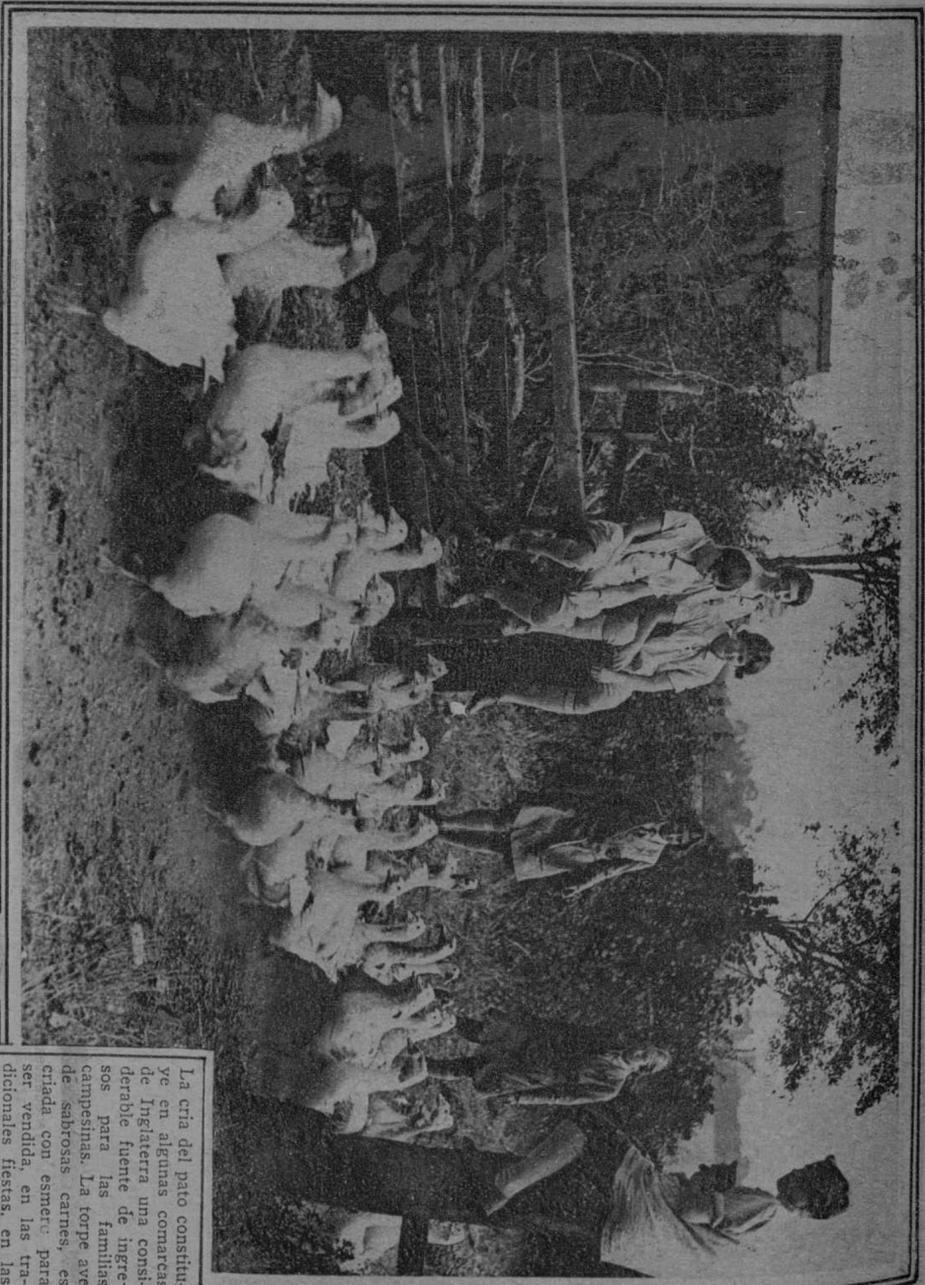
El "palvedere" de la Reina Ana



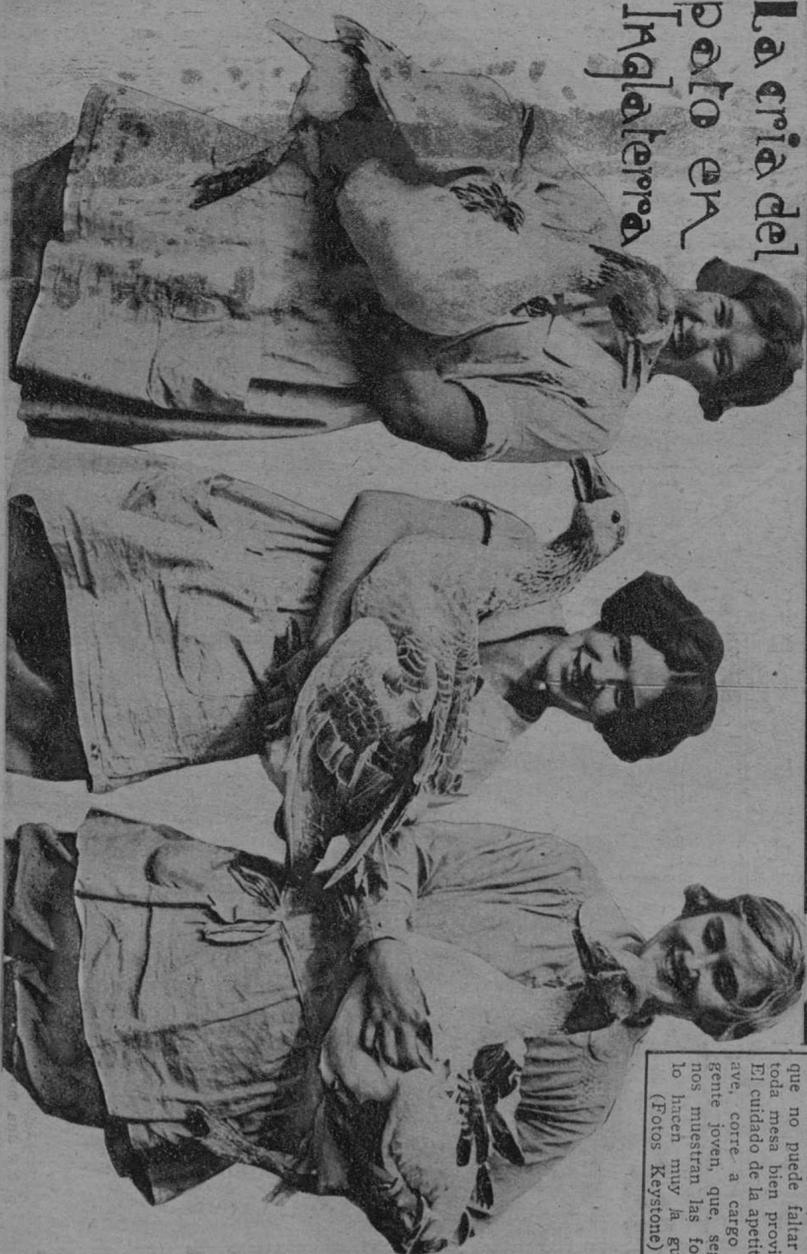
La ciudad desde el río

(Fotos Vidán)

La estación de Wilson



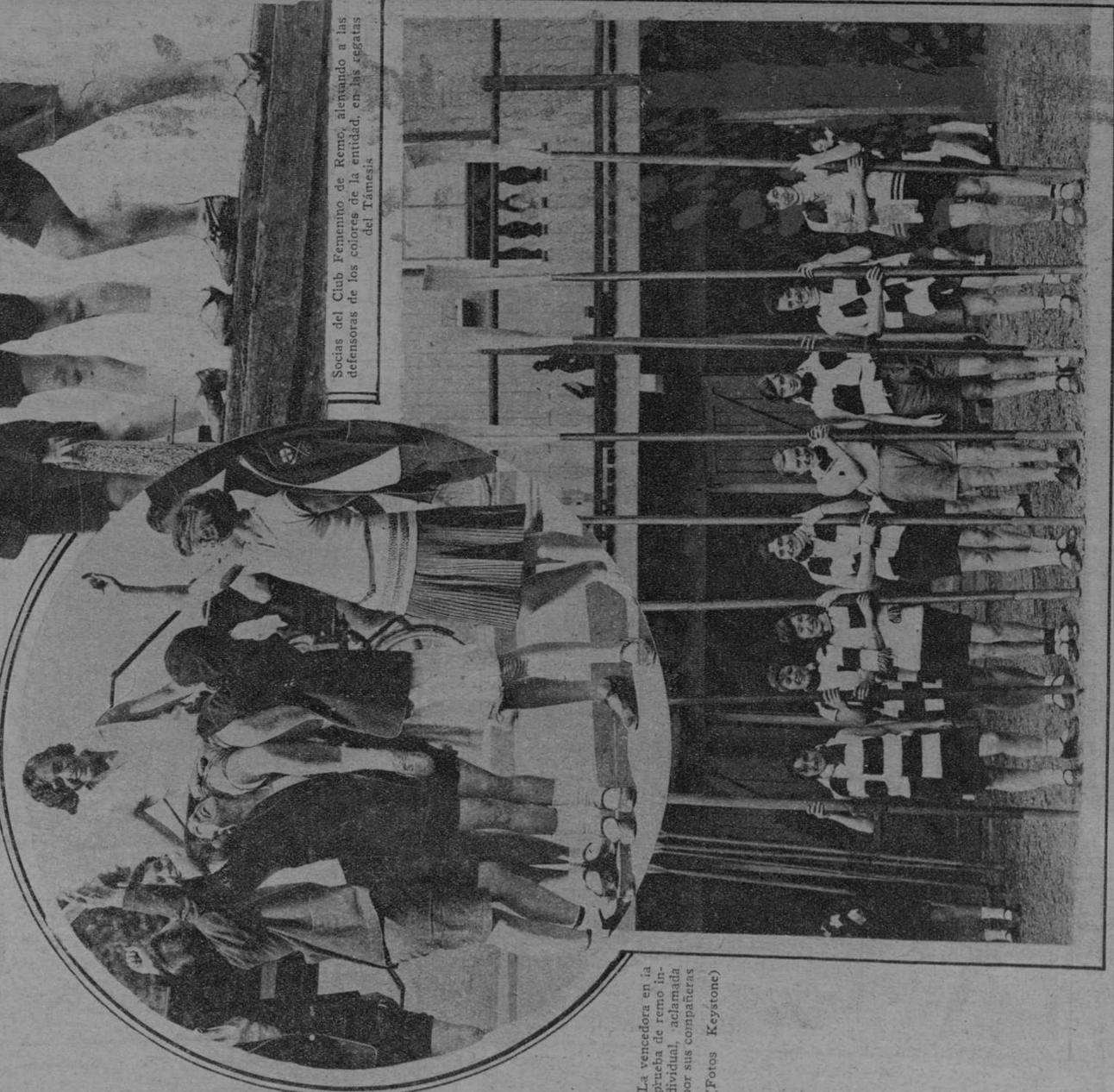
La cria del pato en Inglaterra



La cria del pato constituye en algunas comarcas de Inglaterra una considerable fuente de ingresos para las familias campesinas. La torpe ave de sabrosas carnes, es criada con esmero para ser vendida, en las tradicionales fiestas, en las que no puede faltar en toda mesa bien provista. El cuidado de la apetitosa ave, corre a cargo de gente joven, que, según nos muestran las fotos, lo hacen muy a gusto (Fotos Keystone)

El remo y la mujer

En Inglaterra, el bello deporte del remo—el más completo de los deportes—, tiene entre las mujeres, entusiastas cultivadoras. Abundan los clubs femeninos cuyas competiciones, muy frecuentes, despiertan sumo interés y son presenciadas por numerosos espectadores. La tradicional regata de San Jorge, que cada año se corre en el Támesis, es la preferida de las jóvenes deportistas, que esta vez han temido que demostrar no escaso valor, ya que, debido al mal tiempo, fueron muchas las canoas que zozobraron.

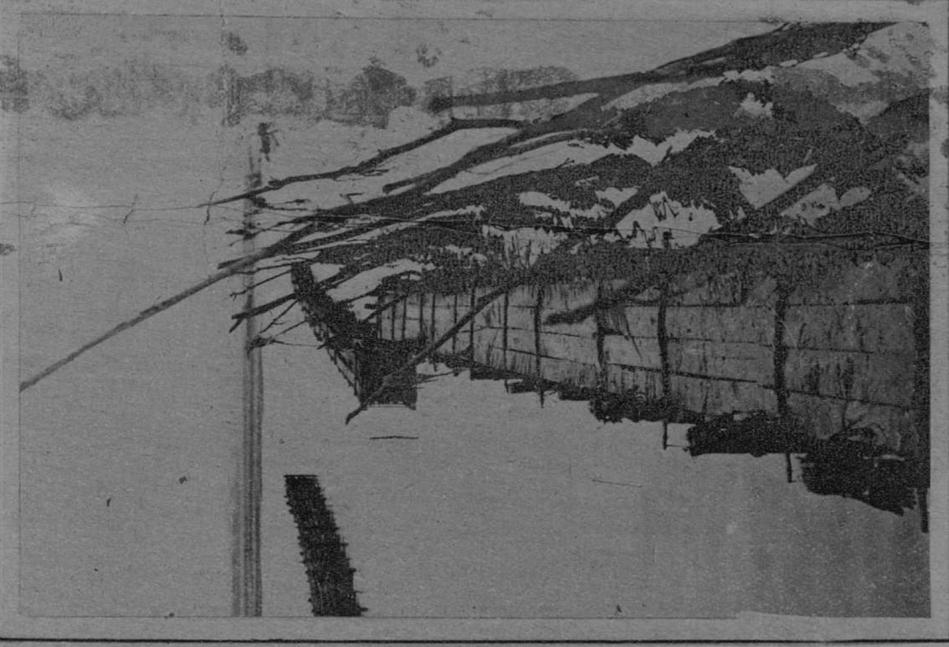


La vencedora en la prueba de remo individual, aclamada por sus compañeras (Fotos Keystone)

Socias del Club Femenino de Remo, alejando a las defensoras de los colores de la entidad, en las regatas del Támesis.

Equipo femenino que tomó parte en la regata de San Jorge

Las ostras de Arcachon

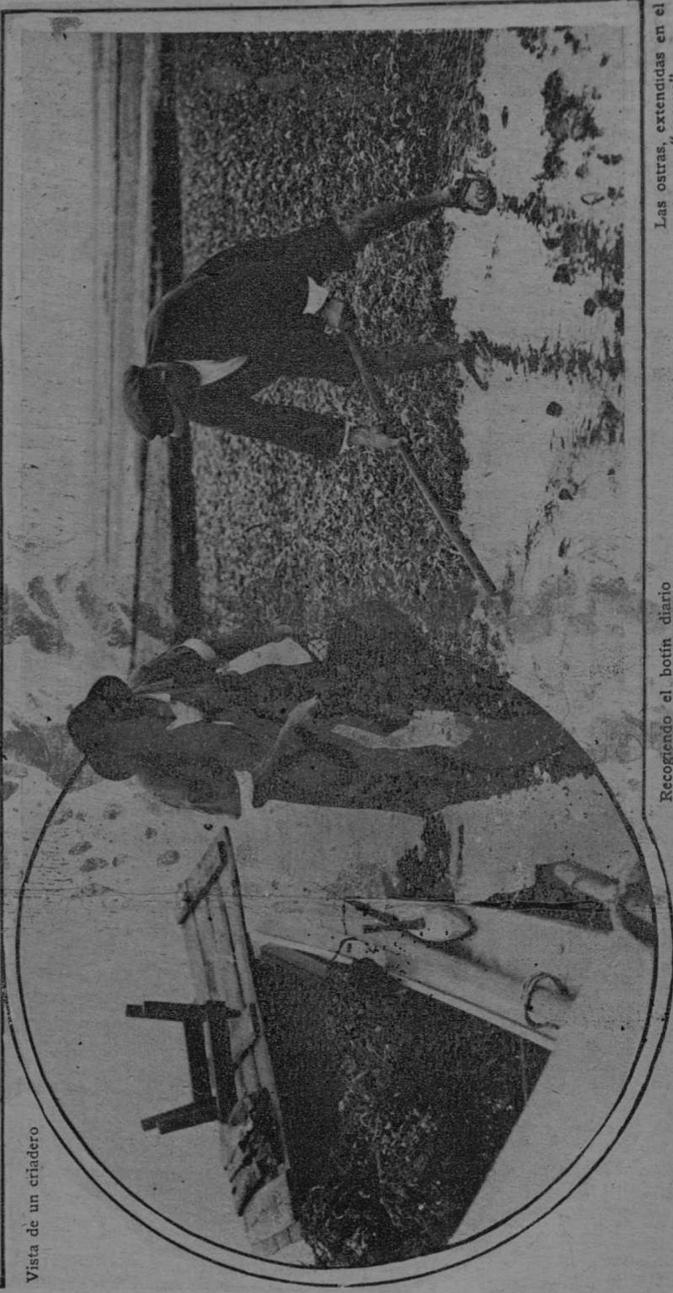


Recogiendo las ostras en el criadero

Una de las industrias más lucrativas a que se dedican los habitantes del litoral francés, del Oeste al Sudoeste, es el cultivo de la ostra, este exquisito molusco tan solicitado por los amantes de la buena mesa. Las ostras más estimadas son las de Cancale y las de Marennes. La cría de las ostras se practica en parques especiales—los de Arcachon gozan de merecido renombre—y en las costas francesas de Normandía y de la Saintonge; Las fotografías que ilustran esta página, reproducen varios detalles del parque ostrícola de Arcachon.

(Foto Keystone)

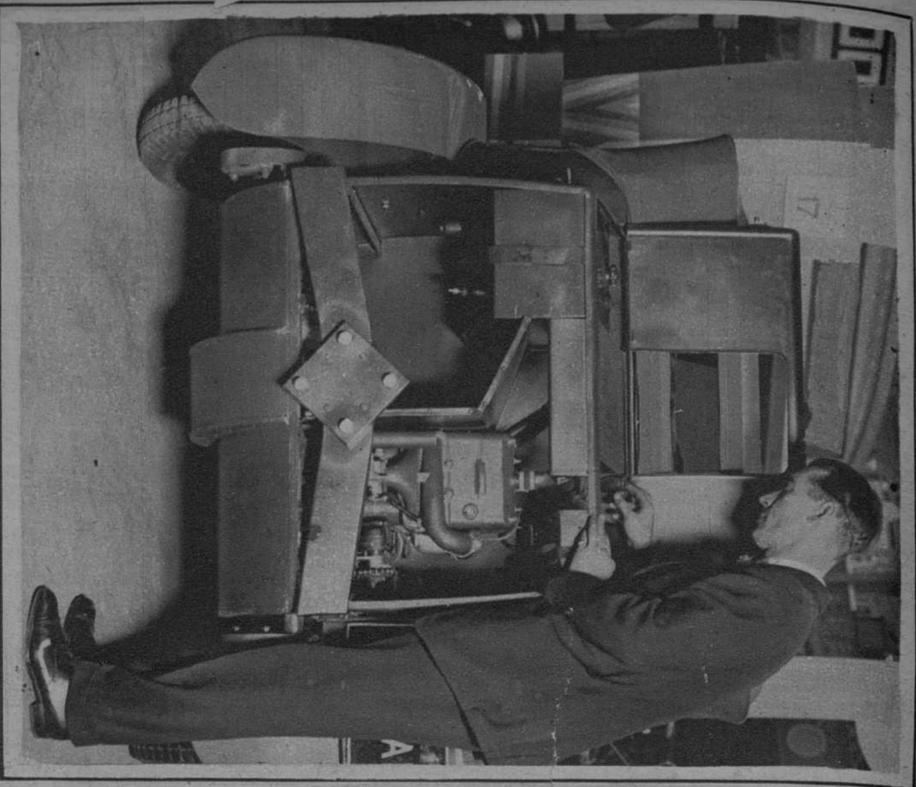
Vista de un criadero



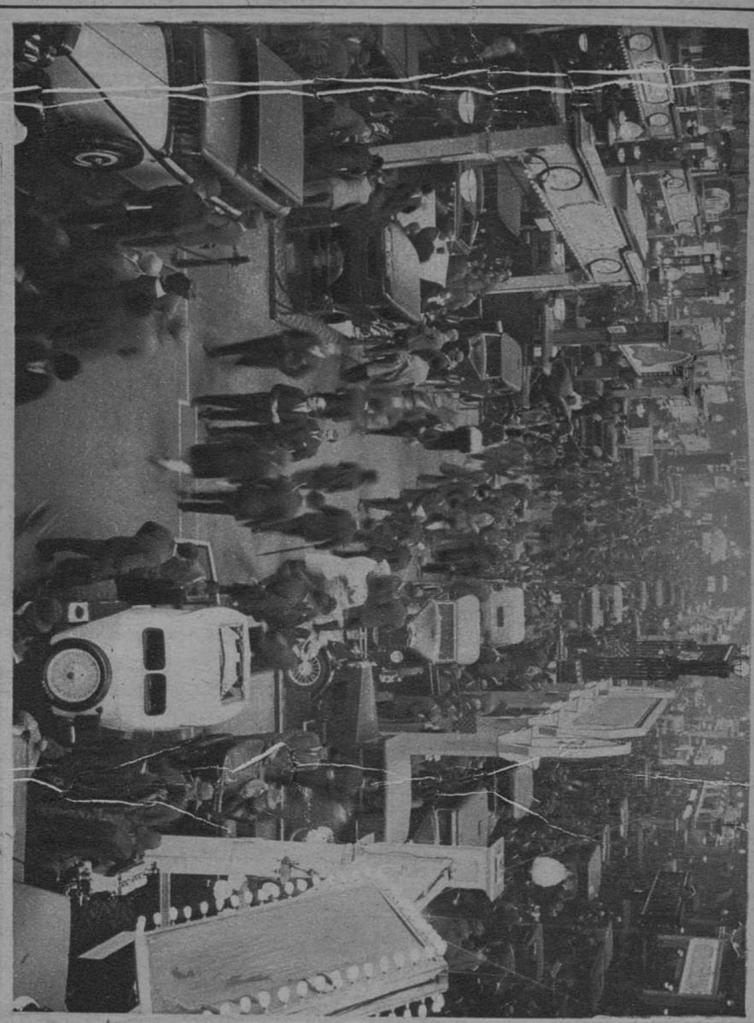
Recogiendo el botín diario

Las ostras, extendidas en el "parque"

LA EXPOSICION DEL AUTOMOVIL EN LONDRES

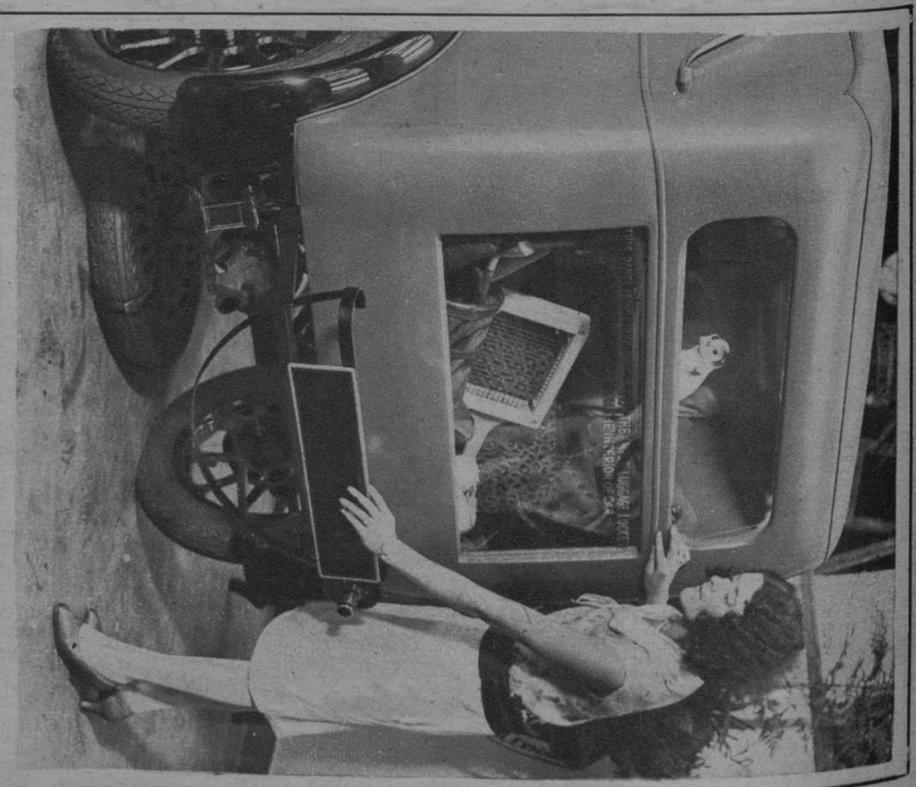


Un coche que tiene todo su mecanismo contenido en el departamento portaequipajes

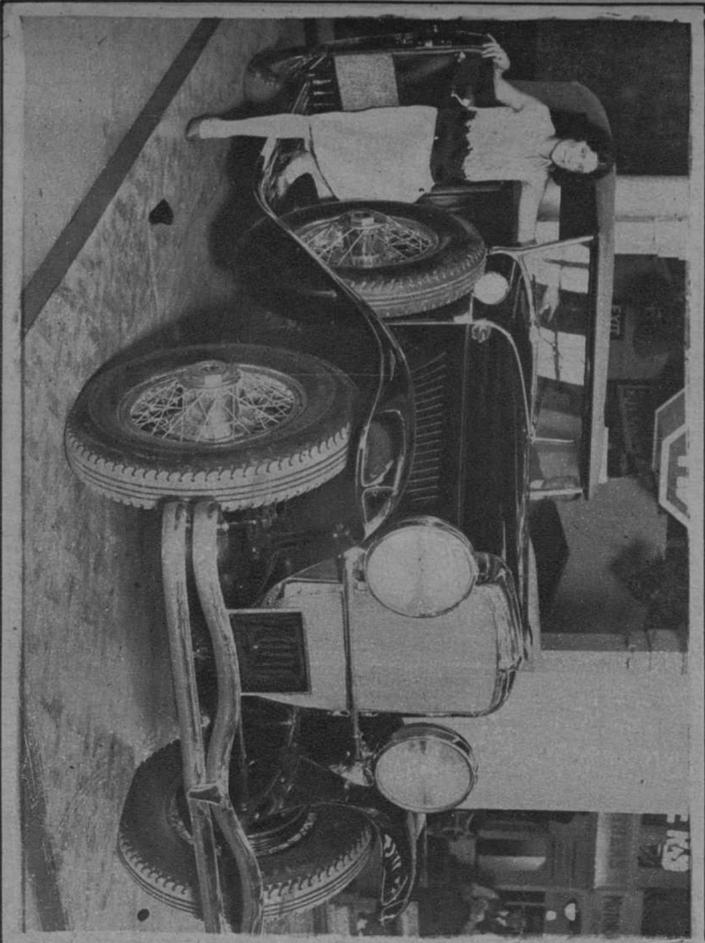


Un aspecto de la Exposición Internacional del Automóvil, de Londres.

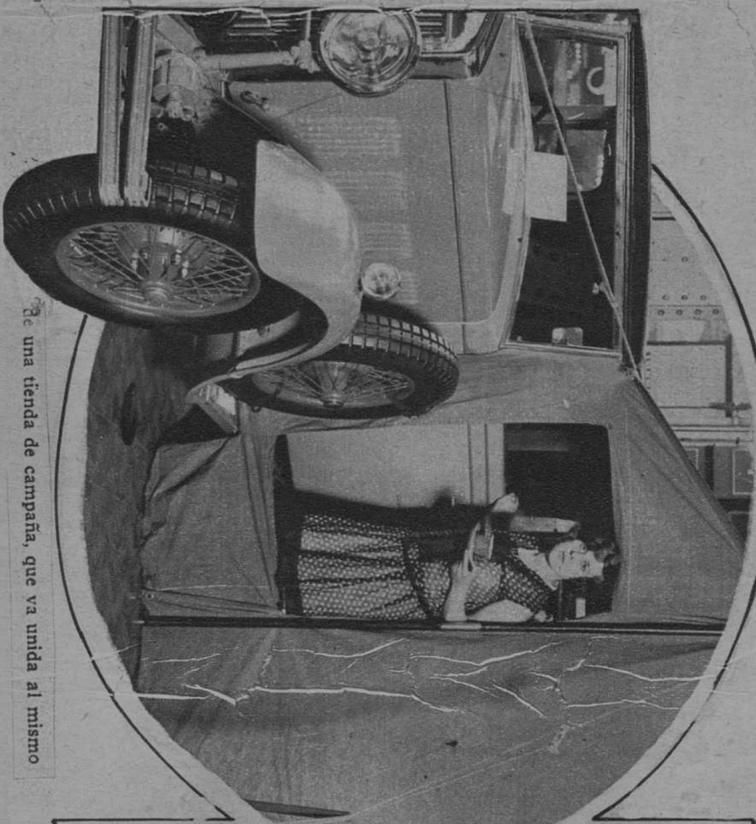
Una Exposición Internacional del Automóvil ha sido inaugurada en Londres. El grandioso salón de Olympia, repleto de autos y accesorios, se ve a diario invadido por una muchedumbre curiosa, ávida de conocer los últimos adelantos en la construcción de motores y los más recientes perfeccionamientos en las refinadas carrocerías. Ciencia, lujo, arte y comodidad, en pugna incansante, tienen al probable comprador, conquistando, a diario nuevos y entusiastas adeptos. Reproducidos varios curiosidades del Salón, tan prodigioso en éstas y tan interesante



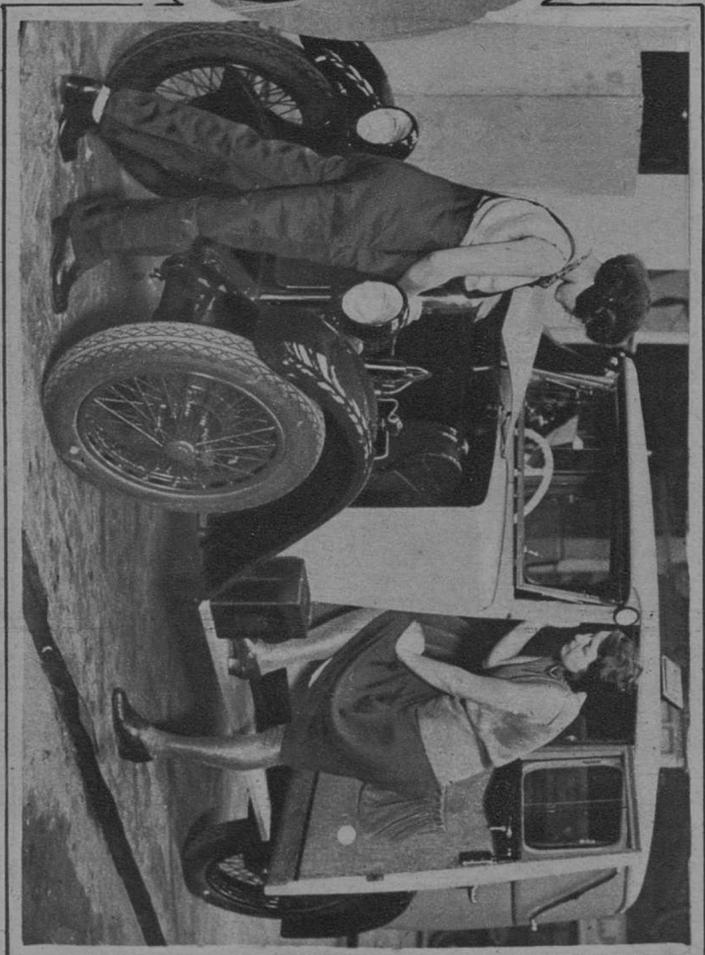
Departamento posterior de un auto, con vitrina de cristal



El automóvil más caro de la Exposición. Cuesta la friolera de 3450 libras esterlinas



Se ve una tienda de campaña, que va unida al mismo



Dos jóvenes mecánicas examinando uno de los coches expuestos (Fotos Keystone)

REMEMBRANZA, por ABDULLA V. de LOZANO. Ilustraciones de P.



tóricos de salud y de belleza... tres enloquecer de alegría.

Fué mi cuna un pueblecito cercano a una bella ciudad andaluza. Huérfano de madre e hija única de un modestísimo hogar, deslizo el comienzo de mi juventud en un ambiente monótono y sombrío; pero mi padre, hombre habilidoso y astuto, logró introducirse en un enigmático y favorable negocio que le enriqueció fabulosamente, entrando rápidamente en posesión de un pingüe capital...

Tres años de viajes, sometida a un riguroso régimen educativo, hicieron de mí una perfecta y distinguida señorita, en la que no quedaba nada como reflejo de mis primeros años; pues hasta la exagerada pronunciación del pueblo trocés en una como cadencia mística, que imprimía a mis expresiones cierto matiz agradable y gracioso.

Mi padre pensó fijar nuestra residencia en Madrid, pero como suspirase por pasar antes una temporada de descanso en el pueblo... nos fuimos a él, encontrándolo tal y como lo habíamos dejado, sin nada nuevo que anotar, es decir... si topamos con el joven médico forense, Gabriel Arroyo, que se encontraba en posesión de su cargo hacía unos meses.

Vivía ésta en una preciosa quinta separada del poblado y muy próxima a la estación del ferrocarril; su reputación profesional era tan excelente como su particular reputación de hombre correcto, educado y de inmejorables costumbres...

Desde el primer momento de una, por su parte, intencionada presentación, simpaticamos sin reservas, y, unos días después éramos novios, un noviozgo casto y bueno, como producto de su alma noble e idealista.

¡Bien claramente se adivinaba en él una necesidad absoluta de estar a mi lado...! Pero tratábame con tal sollicitud, que pare-

Manolo Estévez es un sentimental, un alma lanzada por vericuetos pasionales, que ha sabido sentir la emoción estética ante la belleza soberana de esta mujer, rindiéndole su más sincera pasión... Observa atento su aspecto alicado, que juntamente con el círculo de sus ojeras, le da una misteriosa impresión, que la hace interesantísima... Su amor y su amistad le empujan a un afán inquisitivo y exclama, con cálida palabra:

—Encantado de complacerla, ¿cómo no? Pero... ¡qué caramba! Yo también me encuentro con derecho para rogar calcos, cuya concesión me interesa muchísimo: ¿Por qué no se decide a desdoblarme esa incógnita que envuelve su vida y que motivó su arribo a este apacible y reducido lugar mallorquín?

No acierto a explicarme cómo usted, tan entusiastamente habituada al estruendo de la gran urbe cortesana, puede resumirse a vivir en este ambiente, lujuriosamente bello, sí, pero quieto... único para el recogimiento y la meditación...

—¡Cosas de la vida, amigo mío!—dice con un convencimiento decisivo—¡Jamás han exaltado mis inclinaciones sentimentales estas pofaciones pequeñas, por muy pintorescas que sean; pero ésta, con esa su romántica apacibilidad, es, sin embargo, como un tónico para mi espíritu trastornado por doloroso recuerdo... Hoy siento un deseo de hablar, sea de lo que sea, para ver si ahuyento con el ruido de mi voz las sombras que me rodean... Así, pues, va usted a conocer mi historia hasta con sus más íntimos detalles, y que tiene como finalidad la moraleja de la vida: al desdén, con el desdén... Oígame:

—El día que fui sorprendida con la sabrosa noticia de que era la heredera de dos millones... como en mi alma florece la rosa encarnada de mis veinte años, pie-

Promedia la tarde, Charito Arias se encuentra sola en su gabinete, donde el arte y el gusto más refinado unen en su conjunto el maridaje.

Está medio tumbada en una butaca larga y apoyada su blonda cabeza contra un monolítico de cojines de raso. Su figura inmóvil, como inanimada, dibújase sobre la butaca, resaltando sus ropajes de un tono rosa carne con el raso negro del mueble; los brazos caen tendidos a lo largo del cuerpo, y, bajo el encaje de las mangas, los dedos se entrelazan con abatimiento doloroso, destacadamente en uno de ellos la mancha sangrienta de un limpió rubí. Sus grandes ojos felinos entre verdes y dorados, miran sin ver por el amplio ventanal abierto sobre una terraza que da al mar, la inmensa sábana eternamente azul, que desperézase en lánguidas ondulaciones, expandiéndose mansa con su crujiente y fragil encaje de espuma para besar la playa.

Cautamente se abre la puerta que hay al fondo del gabinete, y entra un hombre de figura arrogante, de pupilas de fragua y negras como una pena, que está perdidamente enamorado de Charito, con la cual ha creado en un corto espacio de tiempo una cordial amistad.

Se detiene un momento para contemplarla arrobado... ¿Qué hará?... ¡Sujetará su áurea cabeza contra los cojines para estar en ella un puñado de besos?...

—Procurando ahogar el ruido de sus pasos, llega hasta Charito, se detiene... vacila... Y, en una brusca transición de su pensamiento, le cubre los ojos con las manos y pregunta puerilmente:

—¡Quién soy?... ¡Oh, Manolo!, sea bien venido—contesta ella riendo ante la infantil acometida de aquel—. Le esperaba, necesito de usted... ¡me veo acosada por insólitas inquietudes y me horroriza el estar sola... Siéntese muy cerquita de mí y no me deje en largo rato. ¡Se lo ruego!

FOLLETIN DE EL DIA GRAFICO

Y nos hundimos un instante en el silencio. Vibra en nosotros una emoción fuerte y contenida. Todos la sienten lo mismo: esto no necesita de muchas palabras. Pudo fácilmente ocurrir no sernos posible estar ahora sentados aquí, en nuestros cajones. Bien cerca de ello anduvimos; así lo quiso el diablo. Y por eso, todo es hoy nuevo y vigoroso: las amapolas rojas y la buena comida, los pitillos y la brisa de verano.

Kropp pregunta:
—¿Alguno de vosotros vió a Kemmerich?
—Está en San José—digo yo.
Müller cree que el proyectil se traspasó la parte superior del muslo. Buen pasaporte para su casa.
Decidimos visitarle por la tarde.
Kropp muestra una carta:
—Tengo que saludaros de parte de Kantorek.
Reímos. Müller tira el pitillo y dice:
—Me gustaría que estuviese aquí.

Kantorek era profesor nuestro. Un hombre menudo, severo, con una levita gris, con una jeta de musaraña. Aproximadamente, tenía la misma estatura que el suboficial Himmelstoss, el "terror de Klosterberg". Es ciertamente cómico que la desgracia provenga en este mundo, tantas veces, de hombres de poca talla. Son mucho más enérgicos e intratables que los altos. He procurador siempre no verme obligado a formar parte de compañías que tuviesen un capitán de estatura ruin. En general, son entes de cuidado.

En las horas de gimnasia nos echó Kantorek muchos discursos; hasta que toda la clase marchó—con él a la cabeza—a la Comandancia del distrito, y allí se inscribió en el voluntariado. Aun le veo ante mí cómo rebrillan sus ojos a través de los lentes, cómo pregunta con voz emocionada:

—¿Verdad que también vais vosotros, camaradas?
Estos pedagogos tienen siempre puardados sus sentimientos en el bolsillo del chaleco, y en verdad que los tienen muy a mano para exhibirlos. Pero no lo advertimos entonces.
Uno de los nuestros dudó, en efecto; no se decidía a venir con nosotros. Fue José Behm, un mozo bonachón. Pero luego se dejó convencer. Claro es que le hubiera sido imposible hacer lo contrario.

Acaso otros pensaban como él; pero nadie podía eliminarse con gallardía, porque los mismos padres tenían entonces muy a la mano la palabra "cobardía". Es que ninguno de ejos tenía la más remota sospecha de lo que iba a acontecer. Los más razonables eran precisamente gentes pobres y sencillas; ellos veían al punto en la guerra un desastre, mientras los de posición más alta no cabían en la

SIN NOVEDAD EN EL FRENTE

Kropp le dió un empujón.
—¡Ea! Por fin podemos comer alguna vez hasta hartarnos. ¡Anda, comienza ya!
De pronto surgió en Tjaden una idea luminosa. Su cara puntiaguda de ratón comenzó a brillar realmente. Se le achicaron, de ladinos, los ojos. Le temblaban las mejillas al acercarse:

—Pero hombre... Entonces, seguramente te dieron pan para ciento cincuenta hombres, ¿no?
El suboficial hizo un signo afirmativo, todo sorprendido, atolondrado.
Tjaden le cogió por la guerrera:
—¿También salchicha?
La cabezota de color tomate dijo que sí.
Temblaron las mandíbulas de Tjaden.
—¿También tabaco?
—Sí, de todo.
Tjaden se volvió transfigurado:
—¡Demonio! ¡Esto se llama tener buena pata! Entonces... ¡Todo eso es para nosotros! A cada uno va a tocarle... Esperad... ¡Justo; doble ración!
Pero de pronto salió de su letargo el Tomate y dijo:

—¡Eso no puede ser!
Pero también nosotros nos rehicimos y nos fuimos acercando al furriel.
—¿Por qué no puede ser, vamos a ver, tú, zanahoria?—preguntó Kätzinsky.
—No puede ser para ochenta hombres lo de ciento cincuenta.
—Eso ya te lo haremos aprender—refunfuñó Müller.
—La comida... bueno, no importa; pero de las otras raciones sólo puedo suministrar para ochenta hombres—replicó tenazmente el Tomate.
Kätzinsky se enfadó.

—Me parece que van a tener que relevarte. ¿Qué? No te dieron víveres y raciones para ochenta hombres, sino para la segunda compañía, ¿sabes? ¡Y eso nos lo vas a dar! ¡La segunda compañía somos nosotros!

Le estábamos ya poniendo al hombre en un aprieto. Claro es que nadie le tenía mucha simpatía. En las trincheras recibimos varias veces el rancho con muchísimo retraso y ya frío; todo por su culpa, porque no se atrevió a acercarse lo bastante con la caldera al sentir un poco de fuego de cañón. De modo que los que estaban de turno para ir a buscar la comida tenían que hacer caminatas más largas que los de otras compañías. En esto, Bulcke, el de la primera compañía, era otro hombre. Verdad es que estaba gordo, como un turón en invierno; pero, si era preciso, él mismo iba cargado con sus ollas hasta la primera línea.

Precisamente andábamos de muy negro humor, y de fijo le hubiéramos dado una paliza si entonces no aparece el teniente que mandaba nuestra compañía.

cia tener que yo me quebrase con el solo contacto de su palabra... saliendo de sus temblorosos labios tímidos y confusos las pocas que empleaba para expresarme sus sentimientos...

En un principio, parecíame su timidez como un dulce encanto que añadir a la bondadosa sugestión de sus difusas pupilas, al hechizo de su sonrisa y al irresistible atractivo de su porte, pues era lo que se dice de una belleza varonil hasta insolente... pero, pasado algún tiempo, lejos de sentirme halagada y satisfecha, experimentaba ante su cortada actitud un odio extraño, rabioso, y, en locas imaginaciones de mi fantasía, juzgaba su incomprendida timidez como una arma que defendía el inevitable incoñvito de mi deseo torpe y estrábido. ¡Hubiera dado la vida porque él vibrase junto a mi belleza con el mismo ímpetu y aturdimiento que a mí me hacía vibrar la suya... Mas, ¡ay!, su sentimiento transparente, hondo, irradiaba en sus plácidas pupilas con llamadas inconfundibles de ese amor, divinamente humano, que sólo aspira a la mujer-esposa...

Passa, Impaciencia. Luego: —Pero yo, demisado endiosada de fortuna y de belleza, gustaba más de alimentarla a mi imaginación, que, semejante a las aves peregrinas, hallábase ávida de emociones en horizontes amplios y sorprendentes... Como, pues, sepultar tan magníficas cualidades en la sombra de una unión con aquel pobre médico de pueblo, que cifraba su máxima aspiración en el santuario de un hogar con hijos... en cuyo holocausto habrían de ser extinguidas mis ambiciones y atributos...? ¡No! Nuestras almas eran tan diversas tan opuestas, que no podían fundirse en el fuego de la misma ilusión, pues si Gabriel era el puerto quieto que esperaba... yo era la nave tornadiza que pasa, se detiene unos minutos... y se va...

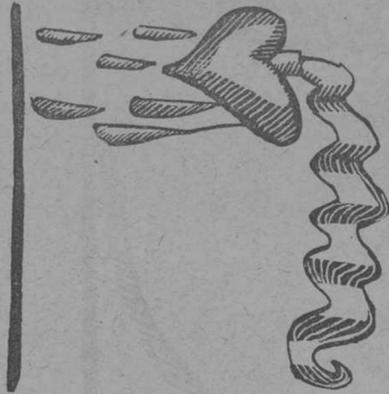
Ahora bien, debo confesar—añade después de unos instantes de vacilación—que, nobre de la embriaguez de su santo cariño y la nobleza de su alma eran inmensas, no solamente erale incoñcebible la sospecha, sino que tampoco se percataba de esta divergencia tan importantísima... —Y a usted, Charito—pregunta estupefacto Estévez—¿no se le ocurrió desengañarlo, poniéndole de manifiesto la condición de su espíritu tan inadaptable al cryo...? —¡Ah, no! ¡De ningún modo!—responde ella con su acerbante vocecía, aunque matizada de reproches—No era precisamente mi lema la ingenuidad, y me propuse disimular mientras las circunstancias lo permitieran, todo cuanto, ni siquiera de un modo indirecto, pudiera contribuir a describirme... y lejos de apagar la llama de su fervor, complacíame en vivarla, no sé si por instinto magnavélico, o por qué probenáfita esperanza...

Hace el oyente un profundo gesto de desaliento, en el que ella no se fija, y tras de un suspiro rememorador, prosigue: —Por aquel entonces tenía yo una gatita de Angora monísima. Su pelaje de un blanco rosado, sus pupilas azul zafiro y sus múltiples travessuras hacían las delicias de mis ratos de aburrimiento; pues en muchos de estos ratos, que como un talismán los entreteño con los secretos de la labor a la aguja, ella, siempre deportista, en una graciosa embesida me arrebatada el ovillo de mi trabajo, y tras de un rato de esparcimiento... clavaba con salta en el pobre cuerpo desamparado sus arañas aliadas y mortales...

Entonces surgía en mi mente con una eulpsion el honrado quater de Gabriel, con

cuyo corazón, puesto en mis manos de coqueta consagrada y al unisón de mi gatita con el ovillo... gustaba de jugar con él sin concederle importancia al juego... y hasta gozándome en ello, sin pensar en el daño que pudiera causarle... ¡Claro que esas visiones eran fugaces, y mi impulso generoso decía sbito, volviéndome a mi naturalidad insustentable y frívola...

Passa su pulida mano por la frente, cuyo cerebro registra con una singular fidelidad todos sus recuerdos, y continúa: —Llegó por fin la fecha fijada para nuestra marcha a la Corte, y, en una desahogada mezcla de fervidas promesas y rotundas negativas (que era la nota predominante



te de mi carácter), desprecie el admirable presente de aquel amor con sus tiernas ofertas para el matrimonio... pues al borde de mi liberación y arrebatada por una salvaje alegría de evadida, en aquel momento mis reflexiones limitábase a la única cuestión que me preocupaba: Primero, era eximir las responsabilidades y, cubriéndolo todo con el manto de la risa, volar en pos de las vanidades y placeres... Después, ¡siempre me quedaría aquel pacífico amor que permanece donde anclan a mi espíritu aventurero... Y me fué inhumanamente, dándole a Gabriel sumergido en el más profundo de los dolores...

Se hace un pensoso silencio. Por el iris negrísimo del hombre cruza rauda una ilusión, que se desvanece ante la realidad que le disjunta; ilusión que fué latido en el pecho, pensamiento en la frente, y que ahora, aerea y alada, asciende hasta prenderse en las nubes, y, formando alocada cabalgata, pierdese por los espacios siderales...

—Encontramos Madrid, a nuestra llegada, en todo su auge invernal un asombro de riqueza, de elegancia, y de distinción... El ambiente en que intúese mi nueva vida me predispuso para comenzar mi proyectada campaña... y los deportes, los téis, los baños, las fiestas nocturnas, el Híbe campo de acción y el intercambo de miradas con hombres guapos y adinerados, a más de alchinarne, llegando a ser mi preocupación dñica de hacerme espectral... exhibíngense en el apropiado centro de exhibición, donde mi locuaz temperamento y mis atrevidas elegancias, a las que daba realce la exuberancia de mis contornos, cual viva representación de las creaciones de Rubens, el oro pálido da mi alborotada melancolía y la vivecía que ¡humillaba mi rostro, en

el que la línea de la boca fresca y carnosa rasgábase como una mancha de carmin sobre la tersa y dorada piel... provocando las habillitas del «todo Madrid» elegante, consiguiendo dejar a mi paso por pasajes y salones una estela de comentarios y piropos. Pero lo que más admiraban los hombres en mí, poseídos de inefable sensibilidad y como la primera joya de mi arcaada belleza, era el enigma hipnotizante de mis indefinidas pupilas... en cuyo diabólico poder, cual incantadas mariposas, succumbieron muchos...

Confieso—agregó thubante—que con algunos de ellos tuve momentos verdaderamente intensos y peligrosos... pero, ¡ah!, no pasaron de aventuras, a las que nunca, por parte mía, llegó el amor. Entiendo bien cuanto le digo, ¿verdad, amigo mío?

—Tiene el interpeado en su cara, abierta y luminosa, una sonrisa de trémico desprecio. Algo comprende Charito, porque irguiendo el busto fuertemente aromado con una mezcla exótica de canela y naranja, y a través de la reja ideal de sus pestañas, le clave una de sus abismales y perforadoras miradas.

Temeroso aquel de que ésta, con su suplicia, penetre hasta lo más hondo de su secreto, dominase el ánimo y depona un poco su severidad con un alientador y alirnativo signo de cabeza. Torna ella a su primitiva y doliente «posse», continuando: —Como es natural, con esta turbulencia di motivo para que corrieran de boca en boca, y de un modo desenfrenado, un sin fin de anecdóticas picarrescas... Pero como estas anecdóticas servían de «reclame» a mis triunfos de mujer... no me preocuparon gran cosa, y no impidieron que siguiera mi ruta envuelta por la aureola de la crítica, como da figura cumbre de todo un mundo ultramoderno y elegante...

—Pasaron así tres hermosísimos años, hasta que, de pronto... el hada cruel del Destino, de un rudo zarpaço, puso fin a mis glorias. —Ponese densamente triste, y con la voz débil, desallevante, en un suspiro trémulo, aclara: —¿Quién iba a decirme a mí, mímico de la suerte, que traicionamente, cuando más plenamente era dichosa, irrumplida en mi corazón la pena para estrujármelo sin piedad? Pues así fué en efecto. Una repentina y rápida enfermedad arrebató para siempre de mi lado la cálida compañía de mi padre, dejándome sola y entregada a un machro sufrimiento... ¡Provechosa lección para andar con menos confianza en lo futuro y tener el ánimo preparado para las contingencias del vivir!

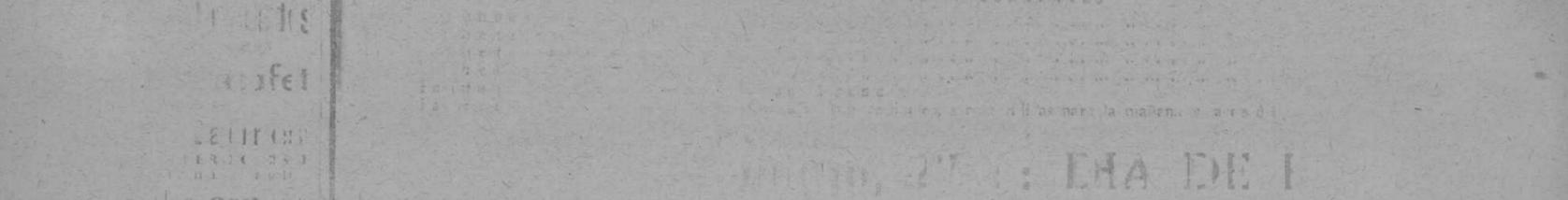
El año de mi luto, fué lo que se dice un año de pesadilla, sosteniendo «el mi ser» una lucha épica contra no sé qué poder misterioso e hipnótico... Empero, un día, en una imperdonable flaqueza... ¿qué fué lo que pasó por mí?... Los airones de un extraño remordimiento flamearon sobre la guirnalda de mis éxitos... El tiempo pasóse un momento en mi alma... Sentí como el frío de las desluciones fase adentrando en ella... acentuado quizá por el vislumbre de una melancólica soltería, pues había llegado a esa época en que la íntima y egoísta balanza de la mujer se detiene a reflexionar... Y sucedió que la añoranza de Gabriel, hombre de calidad, pisose en mi mente con la eficacia de una idea exclusiva...

—Por qué no volver al pueblo y a su amor? A pesar de haber dejado sin contestación las últimas de sus cartas (pensaba), segura-

cia tener que yo me quebrase con el solo contacto de su palabra... saliendo de sus temblorosos labios tímidos y confusos las pocas que empleaba para expresarme sus sentimientos...

Encontramos Madrid, a nuestra llegada, en todo su auge invernal un asombro de riqueza, de elegancia, y de distinción... El ambiente en que intúese mi nueva vida me predispuso para comenzar mi proyectada campaña...

—Por qué no volver al pueblo y a su amor? A pesar de haber dejado sin contestación las últimas de sus cartas (pensaba), segura-



Preguntó a qué se debía la trifulca y se limitó a decir esto: —Sí, ayer tuvimos muchas bajas. Luego miró la caldera y añadió: —Parecen buenas las alubias. El Tomate afirmó con la cabeza: —Cocidas con carne y manteca. El teniente nos miró. Sabía lo que pensábamos. Sabía además otras cosas, porque había crecido entre nosotros. Llegó a la compañía como suboficial. Levantó de nuevo la tapa, olfateando, y dijo al marchar: —Que me lleven también un plato. Y a repartir todas las raciones. Buena falta nos hacen. El Tomate puso una cara estúpida. Tjaden comenzó a bailar alrededor del furriel. —¡Se te está bien! ¡Se pone como si fuese el amo de toda la Intendencia! Y, ahora, empieza ya de una vez viejo tocintero. Y no te equivoques en la cuenta. —¡Anda y que te ahorquen! Bufó el Tomate. Estaba aplastado. Un lance así desquiciaba su cerebro; no comprendía ya el mundo. Y, para demostrar que nada le importaba ya de todo, nos dió por contera, voluntariamente, media libra de miel artificial por cabeza. * * *

Verdaderamente, el día de hoy es bueno. No faltó ni el correo. Todos recibieron cartas y periódicos. Ahora vamos andando lentamente hacia la pradera, detrás de las barracas. Kropp trae bajo el brazo la tapa redonda de un barril de margarina. A la orilla derecha del prado se construyó una gran letrina común, un edificio techado y sólido. Pero esto es algo para reclutas que no aprendieron todavía a ver el lado práctico de todas las cosas. Nosotros buscamos algo mejor. Así, en todas partes hay pequeñas chavolas individuales para el mismo fin. Son cuadradas, limpias, todo madera, hechas por carpinteros, cerradas por los costados y por detrás, con un asiento muy bueno y muy cómodo. En las paredes laterales lleva unas asas para su transporte. Colocamos tres en un círculo y nos sentamos allí bien cómodos. Hasta dentro de dos horas no nos levantaremos de ellas. Aún recuerdo la vergüenza que pasamos al principio, como reclutas en el cuartel, cuando había que usar la letrina común. Allí no hay puertas. Como en el ferrocarril se sientan veinte hombres a cada lado. De un solo golpe se les ve a todos, porque el soldado debe estar siempre sujeto a vigilancia. Con el tiempo aprendimos ya algo más que a sobreponernos a ese poquito de pudor. Con el tiempo nos hemos acostumbrado a otras muchas cosas. Aquí, en campaña, la cosa resulta un verdadero goce. No me explico por qué pasábamos antes tan de ligero, con tal recato por esas cosas que, en definitiva, son tan naturales como el comer y el beber. Quizá no hiciera siquiera falta fijar

la atención en ello, si no tuviese tanta importancia entre nosotros, si no hubiera sido para nosotros algo tan nuevo; para los veteranos era ya cosa corriente. Para el soldado, su estómago, su digestión, son algo mucho más familiar que para otro hombre cualquiera. Tres cuartas partes de su vocabulario se extraen de eso, y lo mismo la expresión del júbilo mayor como de la indignación más profunda, se pintan gráficamente con ese léxico. Imposible expresarse de modo más claro y rotundo. Nuestras familias y maestros se sorprenderán mucho cuando regresemos al hogar; pero ese léxico es aquí, en fin de cuentas, el idioma universal. Todos esos procedimientos recuperaron entre nosotros su carácter de inocencia, por tener que ejecutarse forzosamente en público. Es más: tan en absoluto los creemos naturales, que se estima el poder llevarlos cómodamente a buen término tanto como, por ejemplo, el ganar a los naipes, con astucia y pleno acierto, una buena partida. No sin causa surgió, para aplicarla a comandos de toda clase, la expresión «chismes de letrina»; estos lugares son refugios donde la murmuración nace; son para el sorche como el equivalente de las tertulias de café. En tales momentos nos encontramos aquí más a gusto que en un retrete de lujo con baldosines blancos. Este sólo puede ser higiénico; pero el de aquí es bonito. Son horas en que se vive maravillosamente, sin pensar en nada. Sobre nosotros está el cielo azul. En lo lejano cuelgan—claramente iluminados—globos cautivos amarillos y las nubecillas blancas de los «shrapnells». A veces suben del horizonte, como manojos de espigas, en busca de un aviador. El sordo rumor del frente lo oímos sólo como una tormenta lejana. Los abejorros que nos pasan rozando embozan ese fragor con sus zumbidos. Y en derredor nuestro, la pradera en flor. Ondulan los finos tallos de las hierbas. Mariposas blancas se acercan oscilantes; vuelan en el blando y cálido vienteillo del verano tardío. Leemos cartas y periódicos. Fumamos. Nos quitamos las gorras y las dejamos junto a nosotros. Juguetea el viento con nuestro pelo, con nuestras frases, con nuestros pensamientos. Están las tres casetas-retrete instaladas en medio de rojas y relumbrantes amapolas. Sobre nuestras rodillas colocamos la tapadera del barril de margarina. Así logramos una buena mesa para jugar a la baraja. Kropp lleva los naipes consigo, y comienza la partida... Eternamente se debiera poder seguir sentado así. Hasta aquí llegan, desde las barracas, los tañidos de un acordeón. A veces ponemos las cartas ante nosotros y nos miramos. Uno dice entonces: —¡Vaya, vaya!... O también: —Eso nos hubiera podido salir mal.



Pasatiempos



(SECCION A CARGO DE NOVEJARKYN)

Charada
(Por VICENTE G. CABOT)
«Sabrás, querido amigo, que he llegado a todo felizmente. Es una hermosa ciudad, a la que al punto he admirado como urbe anhelante y populosa.
En un prima he tomado una bebida y ahora voy a comerme la dos cuarta en algún restaurante, y en seguida a divertirme un rato en el teatro.
Mañana iré a comprar a quien la venda una tres etativo para nuestra tienda de campaña. ¡Y asunto concluido!
Al pueblo volveré por do he venido.»

Tarjeta
(Por RAMON MATA)

Civila Ordas
Combinar las precedentes letras, de forma que resulte el nombre y apellido de un conocido boxeador.

Ceremonia
(Por «PICANTILLO»)

NO 100 TA

Ciudad española
(Por RAMON MONTERRAT)

FRUTA

Nombre de varón
(Por JAIME CABRE)

BEBIDA Nota VO CAL
Charada
(Por «PEPE SUBIRATS»)
El Señor Don Pepe Igual un lindo segunda prima regaló a una total.

En los teatros
(Por MARINA PIPO)

Vocal
Nota TORO

Vehiculo
(Por CLEMENTE RIGAU)

NEGACION Nota NOICVGEN

Nombre de varón
(Por J. E. FOIX)

DD Vocal D Niño

Ciudad española
(Por ANTONIO TORCAS)

APOSENTO DEFECTUOSA

Venta
(Por ANITA RIERA)

VLON

El Día Gráfico
CUPON
que debe acompañar a todo envío de pasatiempo

¿Qué comerás hoy?
(Por TERESA RODRIGUEZ DALMAU)

EN LA FACHADA NOICVGEN

Algarada
(Por «GAGEPE»)

ALON

Las soluciones, en el número del próximo domingo.

Soluciones a los pasatiempos insertados en el número del domingo anterior:
Organo importante: Cerebro.
Nombre de mujer: Ester.
¿Qué ves desde aquí?: Unos cerros.
¿Dónde vas?: A ver el partido.
¿Cuándo te vas?: Pasado mañana.
En el comedor: Mesa.
¿Sin defensas?: Desarmado.
¿Qué es usted?: Español.
En las «Fiestas Mayores»: Entoldados.
Titulo de comedia: «Entre doctores».
Nombre de mujer: Isabel.
La Niña: Carabela.
Gran buque: Transatlántico.

Acuse de recibo
José Gribets y Busquets.—Se extraviaría el envío. De todas formas, lo buscaré por si lo tuviera yo traspapelado. Si no vé publicados los pasatiempos, mándeme más, pues será que, en efecto, se extraviaron y usted lo hace muy bien y me complace mucho publicarle cosas.
C. F. (Salame).—No, señor; no puede ser. El pasatiempo que me envía dice así:

NOTA NO nota TA R

y dice usted que la solución es «DORMIENDO». Efectivamente, esa es la solución, pero yo no se lo publico a usted en el lugar correspondiente», aunque me invite a «CUMER».
NOVEJARKYN

herida como árbol derribado por el vendaval... mientras la tristeza navida del despecho y de la rabia dejaba correr las lágrimas, formando sartas amargas sobre mis exangües mejillas...

A esta máxima amargura, sucedió una inquietud melancólica... cedió el arrebatado doloroso... comenzó a fluir menos caudalosa la pena... y, como asustada del fantasma de mi inquietud, maquinalmente, como si dijéramos al azar, después de trahorbar una vez y otra... me encontré en un estado que deslizábase por en medio del esplendor de la huerta valenciana... pasando desde allí a la nunca y bien ponderada Barcelona...

MI permanencia en esta activa y bella metrópoli duró muy pocos días; hasta que en una madrugada, tras de un breve viaje por mar, amanecí en la romántica Mallorca, desde cuya capital pasé a este pintoresco lugar, cual maitrecha solorquina que, sin empuje en las alas para volar, colgara aquí su nido, no sé si deslumbrada por el caudal de emociones que brinda esta gama del Mediterráneo, o porque hay en este ambiente un fuerte sabor burgués y provinciano, que rimaba muy bien con la desolación de mi alma...

Vacila. Después prosigue:
—Pensé seguir aquí hasta que la indiferencia acortezara otra vez mi corazón y, dando al olvido el episodio de Gabriel, rehacer otra vez mi vida para vivirla espier-ta, muy despierta... sin vanas quimeras que sólo tienen realización en las imaginaciones de los poetas... Como usted ya sabe, llevo vividos en este lugar dos meses...

Hace Estévez una tristísima inclinación de cabeza.
—... pues ya comenzaba a cerrarse la herida y preveía mi próxima y completa curación. Pero hoy, sin embargo, he sentido como el anterior movimiento de mi mente permanece lucido bajo el compasivo velo que lo ocultaba, y en vano mi fantasía melancólica, presa en el recuerdo de aquel querer, puede aquietarse...

¿Será que la Vida se desquita, obligándome a pagar el correspondiente tributo pa-

sional y el amor que no sentí cuando fué solicitado, he de sentirlo ahora cuando el Destino brujo ha puesto entrambos dos nuevas existencias...

Pausa dolorosa. Unos instantes después:
—No sé... Sólo sé que Gabriel está dentro, muy dentro de mi alma: que...

Al llegar a este punto, se detiene, sonríe reviviendo a una vieja emoción y, como extática ante una visión mágica, concluye:
—... que la trémula maravillosa de su acariciante mirada la siento como un dardo en mi corazón, todo nostalgia... y que, si presiento la imposibilidad de poder contar por mis tardías ansias... la corona de mis locuras no está, por lo tanto, completamente deshojada...

Aduéhase el silencio de la lujosa estancia. Manolo Estévez, adotrinado por la experiencia del relato hecho por Charito, la mira un poco lejano como de vuelta de un sueño que lo hubiese separado de ella... se imagina su alma como una frágil barquilla, que, habiendo perdido el piloto, tavierá que bozar en una corriente ignorada... Piensa.
—¡Última de mi cariño recién nacido y ya malogrado! Sirvame de consuelo el saber que no he sido el primer hombre que ha perdido accidentalmente el juicio ante las seductoras gracias de una coqueta sin escrúpulos...

Los enigmáticos ojos de Charito—atenta solamente a su propia tragedia—, profundos y sombríos por el pesar del recuerdo, elevan su acuosa mirada hasta el azul nido del cielo, en el que comienzan a surgir guarismos de fósforo, porque se acerca el misterio de la noche... Y, entonces, sus dedos nerviosos y finos buscan rabiamente algo que desgarrar... ¡quizá un alma!... pero solamente encuentran una orquídea que languidece en un bicaro, e impulsivamente, con un impulso martirizante, la des-hace toda... y los rosados pétalos destrozados vuelan y van a caer sobre el barandal de la terraza, que, en la impresionante majestad de la Naturaleza, parece estremecerse con la congoja de un sinsabor ignoto...

(De nuestro Concurso de Cuentos.)

PESIMISMO

A mi padre, con todo respeto
La nieve de los años blanquea mi cabeza
pues ya pasó rauda mi loca juventud
y siento con angustia la infinita tristeza
de verme muy cerca de la senectud.

Todo es en mí amargura y tristezas
síntome vencido con la vida al luchar,
mis ilusiones perdidas yacen maltruchas
y mis ojos se secan de tanto llorar.

Mi alma está triste, mi corazón dormido
mis sueños juveniles no existen ya,
siento la pena de ser un vencido
y es tanto mi hastío... que ni vivo ya...

TOMAS CELAYA PASCUAL

FIRMAS NOTIVAS POETAS Y ESCRITORES NOVELES

HORA SENTIMENTAL

¿Qué siento en mi vida?
 !Penas en mi alma
 Que al fin abarrotan
 Mis visiones glaucas,
 Cuando me levanto
 En la aurora placida
 A ver los matices
 De mi edad mimada.
 Y sólo contemplo
 Bajo el sol del día,
 Pasiones amargas!

¿Dónde está mi dicha?
 ¿Dónde están las dianas
 Que me sorprendieron
 En horas románticas
 Y pensar me hicieron
 Tartas cosas gratas?...
 ¡Todas han volado
 Sobre las montañas
 De cruces desiertas.
 Y ahora me siento
 Con la fiebre trágica
 De morir de pena;
 Pena amargamada!

¿Dónde están mis sueños,
 Mis sueños de plata,
 Que en noches divinas,
 Repletas de calma,
 Tras dulces horarios
 De luz silenciaría,
 Venían como arqueros
 Vestidos con alas
 De miles colores,
 Con orlas prismáticas,
 Y en sutil arrullo,
 En mí se posaban
 Y soñar me hacían
 Con áureas quimeras
 Y mundos con alas...
 ¿Dónde están mis sueños,
 Mis sueños de nácar?...
 Ya sé dónde han ido...
 Fueron al misterio
 De la cruel nostalgia...
 Y hoy me siento con pena y abatido.
 En esta aurora cádena;
 Ausente de placeres de la vida,
 Que el joven siempre aclama.

EL AMOR Y EL ODIO

POESIA

Amor es quien reina en la hermosa llanura
 que amantes la besan, los rayos del sol
 y está llena de frutos y hermosos trigales
 que de propios y extraños son la admiración.
 Cantando trabajan los rudos labriegos
 pensando en su esposa, pensando en sus
 hijos,
 los tiernos capullos de su dulce amor,
 pensando en sus padres de blanca cabeza
 y su hercúleo brazo adquirente vigor.
 Cantando los mozos, esperan gozosos
 que pronto acabe, su ruda labor
 pues luego en la aldea, con las tierras mozas,
 y se puebla la fronda de idillos galanos,
 que alegres parodian a su alrededor:
 arrullos de tórtolas, balidos de ovejas
 y trinos divinos de ruiseñor.
 En las rústicas casas, al pie de las cunias,
 las madres entonan canciones de amor
 y tiernas abueñas, mil cuentos de hadas,
 a sus nietos cuentan del fuego al calor.
 En la hermosa llanura, amor es quien reina;
 el amor humano y el Amor Divino,
 este amor inculca, este amor enseña,
 el modesto cura de aquella aldea.
 La llanura es rica, la llanura es fértil,
 todo en ella es vida y luz y color;
 la llanura es rica, la llanura es fértil
 porque en ella reina, divino el amor.

¡Adios, bella Quimera!
 No sientas jamás estas nostalgias,
 Pues son musas eternas del Poeta.
 Tocadas en las cuerdas de su arpa...
 Y si quieres sentirlas,
 Morirás, no lo dudes,
 Cual la débil escaracha,
 Porque es signo que Dios ha bendecido
 Para el cantor de la existencia humana.
 ¡Adios, niña del bosque,
 Que en mi alma divagas!
 Deja apurar la copa de mi llanto
 Que entre penas se agita,
 Hasta rendir jornada.

JACINTO HOURA-ABEYA

ANGELES SOLA



LA SERPIENTE

Las serpientes, de la familia de los ofidios, son reptiles de forma alargada. La forma típica de las serpientes, unas son vermiformes, otras son más o menos cortas o más o menos gordas, con la cola muy larga y afilada, unas especies y corta y truncada otras, y algunas terminando en una uña cónica.

Las serpientes tienen la piel cubierta de escamas pequeñas, las del dorso, cuello y supracaudales y mayores las ventrales. Sobre la cabeza tienen escudetes cuyo número, forma y disposición son característicos de cada especie.

Una de las particularidades más notables de los ofidios es el recubrimiento de toda la piel e incluso los ojos, por una delgada película córnea, que cambian periódicamente varias veces al año. Esta piel transparente empieza a desprenderse de los labios y luego continúa la parte de la cabeza, cuerpo y cola, quedando la piel desprendida en su totalidad y vuelta al revés presentando tan exactamente la forma de escamas y escudetes del individuo, que no es difícil determinar la especie a que pertenece.

En las serpientes de cascabel o crótalos, cada pieza del cascabel que ha parte de una de las pieles cambiadas que ha quedado retendida.

La cabeza de estos reptiles, es triangular con el cuello bien marcado, otros tienen la cabeza alargada con el cuello poco determinado y algunos tienen la cabeza casi cónica como el cuerpo; sus ojos son redondos con pupila circular o vertical y raramente horizontal; carecen de párpados y tienen el ojo protegido por una membrana transparente, convexa como el vidrio de un reloj.

El sentido del olfato está en las serpientes bastante desarrollado; el oído lo tienen menos-perfeccionado que los saurios; la lengua es larga, filiforme, protractil y "sífida", estando siempre húmeda, tienen muchos corpúsculos sensitivos del tacto y del gusto. La inteligencia de las serpientes es inferior a la de los lagartos, y si bien generalmente se cree que tienen cierta sensibilidad para la música, parece que no es así; sino que lo que sienten es el miedo que les causa el "encantador de serpientes", cuyos movimientos siguen.

Uno de los caracteres más llamativos de las serpientes es la gran dilatibilidad de la boca, pues es frecuente que tales reptiles ingerieren animales de mucho más calibre que ellos mismos.

Las serpientes son diurnas, nocturnas y crepusculares, según sea la hora de su mayor actividad; son terrestres, aéreas, subterráneas, arborícolas, marinas y acuáticas, según sea su morada habitual. Su alimentación consiste en cunanos, insectos y miriápodos, las de la vida subterránea y terrestre: reptiles, batracos y aves, las arborícolas: peces y batracos, las acuáticas. Algunas muestran preferencia por los mamíferos, siendo curioso el que los mamíferos espinosos no sean rechazados por alguna especie; otros se alimentan únicamente de huevos, y algunos se nutren de otras serpientes. Entre estas últimas es especialmente interesante la "Mussurana", serpiente negra, brillante, del Brasil, que ataca y engulle casi exclusivamente serpientes venenosas, motivo por el cual, el Instituto de

Britania, recomienda su protección oficial, como uno de los medios de lucha contra el ofidismo, comprendiéndose bajo este nombre, los accidentes mortales y los más o menos graves causados por las serpientes venenosas.

La mortalidad causada por las serpientes venenosas es terriblemente elevada en la India y el Brasil, pasan de 25,000 el número de vidas humanas perdidas anualmente por la acción del terrible veneno de tan peligrosos reptiles.

En general, se encuentran serpientes en todas las partes del mundo, excepto en las regiones frías y en Islandia, Irlanda y Nueva Zelanda.

Las especies son numerosísimas y variadas; pero entre las más interesantes se cuentan la serpiente boa, la cual durante la digestión de las grandes presas que constituyen su alimento, cae en profundo sopor, del que a veces es difícil despertarle; el "tropicónomo de collar", curiosísimo por su habilidad en tragar vivas multitud de ranas; la "culebra de Escudapio", ejemplar difinido por los romanos; la "culebra lisa", que ataca furiosamente cuando se la quiere capturar, pero que luego se acostumbra al cautiverio, llegando a ser tan dócil que coge la comida de la mano de su dueño; la "culebra de anteojos", peligrósísima, y de la cual se valen los "encantadores de serpientes"; valiendo de su estado de letargo o cansancio, "píton tigrino", la serpiente mayor del viejo mundo, pues puede llegar a alcanzar hasta diez metros, se alimenta al hombre y a antilopes y no desprecia al hombre si puede arrollarse a su cuerpo y matarlo por constricción; la "vibora de Russell", una de las calamidades de la India, pues su mordedura es terriblemente venenosa; la "vibora cornuda", venenosa también y que se para la mayor parte del día húmeda en la arena; el "suruncu", la más terrible de todas las serpientes por su mordedura mortal, no habiéndose todavía podido preparar un suero activo para combatir su veneno; la "serpiente cascabel", propia del Arizona y N. de la Argentina, muy curiosa por su coloración y, finalmente, la "vibora del desierto", terrible monstruo, tanto por su exagerada longitud como por su terrible morfología.

E. S. N.



SERPIENTE

Este escritor y eminente médico español, nació en Barcelona en 11 de marzo de 1838. Muy joven todavía quedó huérfano de padre y no contando su madre con sobra-



DOCTOR LETAMENDI

dos recursos, padeció no pocas privaciones durante su juventud, sobre todo en los años 1840 a 1843, en que Barcelona fue víctima de grandes trastornos públicos.

Letamendi, para aliviar algún tanto la precaria situación de su familia, se dedicó a dar lecciones de las mismas asignaturas que iba cursando, y habiendo ingresado en la Facultad de Medicina, estableció un curso de reposo de anatomía al que acudieron sus condiscípulos en gran número.

Durante su carrera que siguió con mucho aprovechamiento, ganó por oposición algunos premios y plazas, hasta obtener la cátedra de Anatomía en la Universidad de Barcelona, en 1857.

En 1878, obtuvo la cátedra de Patología general de la Universidad Central, y luego desempeñó los cargos de Decano de la Facultad de Medicina, académico de número de la Real de Medicina, vocal del Colegio de Sanidad, consejero de Instrucción pública, senador del Reino y otros varios.

Enemigo de la ostentación, no aceptó en su vida más que la cruz de primera clase de la Orden civil de Beneficencia. De los diecinueve años que vivió Letamendi en la Corte, puede decirse que pasó dieciséis enfermo, de mayor o menor gravedad, a pesar de lo cual asombró al mundo con los prodigiosos frutos de su vasta cultura, inteligencia y actividad, y con la variedad y extensión de sus conocimientos, pues brilló en la cátedra como brillo en el Ateneo y en todos los cargos que desempeñó.

Era, además, humorista en grado sumo, como lo prueban las muchas anécdotas que de él se cuentan. Pasó toda su vida consagrada al estudio y a la enseñanza, hablando trabajado mucho en pro de la cultura de España, y no se circunscriptió a una sola rama del saber humano, pues fue médico, escritor, músico, poeta y pintor.

La lista de sus obras, algunas de las cuales están escritas en francés, es considerable y se refieren a distintas materias, como derecho, pedagogía, filosofía, economía, antropología y sobre todo medicina. Como cultivador de la música, Letamendi mereció el parabién de los amantes del llamado arte divino, declarándose wagnerista patriótico.

Letamendi, perito en idiomas, filósofo y polímata formidable, orador disertador, antitónico habísimamente, operador notable, pensador profundo y genial, espíritu recto y muy penetrante, ha sido uno de los varones más sabios y originales de la medicina española.

Este médico catalán, cuya personalidad mejor se conocerá leyendo sus obras, sus cartas y reformas, falleció en Madrid el 6 de julio de 1897.

El Ayuntamiento de Barcelona puso el nombre de Letamendi a una plaza, y Madrid a una calle, como recuerdo a la memoria de tan ilustre patriótico, pero la historia de la cultura médica española le reservará una página de honor, bien merecida por cierto.

E. S. N.

GALLERIA DI OMNIBUS LETTERIS

JOSE DE LETAMENDI DE MENJARES

Este escritor y eminente médico español, nació en Barcelona en 11 de marzo de 1838. Muy joven todavía quedó huérfano de padre y no contando su madre con sobra-

E. S. N.